

## *Vidas en el espejo. La educación en la escritura autobiográfica de las mujeres. Presentación*

### *Lives in the mirror. Education in women's autobiographical writing. Introduction*

**Antonella Cagnolati**

(Editora del monográfico)

e-mail: [antonella.cagnolati@unifg.it](mailto:antonella.cagnolati@unifg.it)

*Università degli Studi di Foggia. Italia*

**RESUMEN:** Desde los años Setenta presenciamos un renovado interés científico por el género literario de la autobiografía, incluso por parte de ámbitos disciplinarios y científicos no estrictamente filológicos ni literarios. Pero, si muchas veces la narración autobiográfica se utiliza como legitimación de la propia elección – especialmente en ámbito ético y político – en las obras más recientes, el resurgimiento de “páginas femeninas” y la acertada concomitancia de la puesta en marcha de investigaciones por parte de estudiosas (de historia, educación y literatura) ha abierto camino para una reformulación del valor de la autobiografía en sí misma, ya no como valor metahistórico y dirigido a la conformación de una identidad nacional, sino cada vez más con la mirada puesta en la introspección. Un vez que las mujeres se han hecho dueñas de este género literario fronterizo, lo han vuelto a plasmar con instrumentos totalmente personales y lo han desviado hacia categorías mayormente de carácter íntimo, en un espacio apartado para escuchar mejor el sí mismas. El interés por las autobiografías nace en virtud de esta diferencia de género: descendiendo al abismo de los escritos autobiográficos femeninos iluminamos partes de vida real, intuimos censuras públicas, observamos de cerca el pasar de lo vivido día a día. La vida de las escritoras se mueve en este espacio complejo, donde conviven deseos de realización personal, responsabilidades familiares y compromisos sociales junto con modelos educativos tradicionales y proyectos nuevos de futuro. Actuar en este contexto no es simple, ni fácil, puesto que a veces las estrategias que siguen las mujeres representan lo que se definen como preferencias coactivas, es decir más que opciones renuncias. Las existencias que se cuentan en las autobiografías analizadas en los ensayos que siguen, sin embargo nos ofrecen ejemplos de rebeldía, y de una revuelta – más o menos abiertamente – puesta en acción para no resignarse a las desigualdades, especialmente cuando no sólo las reglas sociales se remiten a formas y tiempos exclusivamente masculinos, sino que esta injusticia se advierte en todo su alcance trágico. Entonces, la rebelión en las palabras y en los hechos se hace ineludible y necesaria.

**Palabras clave:** Autobiografía; Mujeres; Escrituras; Educación; Diferencia de género.

**ABSTRACT:** The Seventies witnessed a renewed scientific interest in the literary genre of autobiography, even by researchers in disciplinary areas not strictly philological or literary. But, if often autobiographical narrative is used as a legitimization of a personal choice – especially in ethical and political realm – in the most recent works, the resurgence of “women’s pages” and the concomitant successful researches by scholars in different fields (history, education, and literature) have made their way to a reformulation of the value of the autobiography itself, not only as a meta-historical issue led to the formation of a national identity, but increasingly as a powerful key to introspection. Once women have become masters in this literary genre, autobiographies have become instruments to capture the inner self and categories have largely diverted to a more intimate life, in a space apart to better hear themselves. Interest in the autobiographies

was born under this gender difference: descending into the abyss of the female autobiographical writings can illuminate parts of real life, guess censorship, look closely at the passing of everyday experience. The writer's life is moving in this complex space, a place where desires for personal fulfillment usually fight against family responsibilities and social engagements, with traditional educational models and new projects for the future. Acting in this context is not simple, nor easy, because sometimes the strategies that women still represent are defined as coercive, more as resignations than options. The autobiographies analyzed in the essays that follow, give us examples of rebellion and revolt – more or less openly – put into action not to resign to inequality, especially when not only social rules refer to ways and times exclusively male, but when this injustice is seen in its full tragic sense. Then, rebellion in deeds and words is unavoidable and necessary.

**Key words:** Autobiography; Women; Writings; Education; Gender difference.

Recibido / Received: 27/05/2013

Aceptado / Accepted: 20/06/2013

## Las palabras para decir Yo

«El manuscrito de mi vida»: es con esta alegre expresión con la que Sibilla Aleramo pone nombre a su libro, en el que *Una mujer* vuelca todo sobre sí misma, dolores y sufrimientos, derrotas y deseo de resurgir. Estas palabras describen perfectamente la controvertida relación entre mujeres y escritura, una relación cuanto menos heterogénea, donde resulta necesario rastrear las causas, explorar los engorrosos orígenes y señalar la brusca aceleración.

Ya conocedores del valor y del volumen de escritos redactados por «plumas femeninas», podemos aventurarnos a un examen meticuloso que diseñe un fresco de colores vivos para retratar el panorama de las obras que pretenden hacer una narración sobre una misma, sobre la propia experiencia, con el fin de explorar las huellas de su creación – a veces silenciosas y sumisas, otras veces proclamadas al mundo entero – e investigar en profundidad lo doloroso y difícil que es la acción de poner una pluma sobre el papel.

Sin duda, la escritura femenina nos remonta al eco de la voz de las mujeres: sin embargo es necesario concienciarse de que no sólo es necesario dominar perfectamente los complejos instrumentos indispensables de la producción artística, sino poseer la valentía de aventurarse en un universo que se percibe como una conformación proclive a paradigmas masculinos, y por ello difícilmente accesible a las mujeres.

Esta convicción conlleva, por un lado, la elección del tipo de género literario – casi siempre diarios, memorias, autobiografías – por otro lado, nos demuestra la importante presencia del *sí misma*, cuyas huellas se ponen de manifiesto incluso cuando ellas mismas hacen la narración de *otra cosa*. Este es el caso de muchas mujeres que están representadas en los ensayos que siguen, donde la voluntad de narrar sobre sí mismas supera el rígido límite del dolor y provoca que la palabra se convierta en rescate, rebelión o bien en un caluroso refugio donde alienarse.

Por otro lado, se observa una perspectiva distinta: la palabra transcrita sobre el papel muchas veces se alza con la intención de cambiar el mundo, desde una perspectiva de revuelta social, o bien fluye en paralelo con la voluntad de un resurgimiento personal, desde una dimensión más íntima, que se concreta en cerrar una fase de la propia existencia y planear una distinta, antitética, a través de una rebelión abierta.

La difícil relación con la palabra se pone de manifiesto como acción necesaria pero no suficiente: la finalidad que nos proponemos es ir más allá de las líneas, con el fin de analizar el *bíos* de quien hace la narración y comprender el tortuoso camino que conduce a la reconstrucción de las etapas básicas de la compleja conformación de una identidad: por lo tanto resulta necesario ponerse unas gafas distintas – permítaseme la metáfora –, tales que puedan garantizarnos una óptica de la biografía y de la formación de las mujeres como un binomio inseparable e inevitable, si deseamos sacar a la luz los delicados mecanismos por los que unos fragmentos esparcidos – como piezas indistintas de un mosaico – pueden ofrecernos contornos precisos y detallados de un diseño invisible si se indaga sin un marco de investigación científica y atendible.

Las mujeres han descrito fielmente en sus escritos desde minuciosas impresiones sobre hechos banales hasta acontecimientos de la época y el impacto psíquico que estos fenómenos tenían en el acervo de su conciencia: todos los elementos, bien de carácter público, bien de ámbito privado, se interiorizaban y se meditaban mucho, un hecho objeto de crítica o de juicio, en el ansiado deseo de conformar un *sí* mismas, erigir modelos de comportamiento que se pudieran homologar respecto a los códigos hegemónicos en la cultura de la época o bien, al contrario, destruir atávicas certezas y lanzarse a nuevos mundos, hacia experiencias inusitadas y aventureras. Estas dos opciones divergentes a veces parece que se identifican bien sobre la página: a pesar de la discreción, la máscara con la que se esconden sus deseos, el lenguaje y la tensión que se intuye en la narración se nos desvelan proyectos de identidad, en armonía con el *Zeitgeist* imperante o en abierta ruptura con todo el universo, y la escritura desde esta óptica se convierte en un admirable instrumento de emancipación. Hay que destacar cómo la escritura llega a veces solamente al final de una tortuosa trayectoria con el objeto de rendir cuentas sobre *sí* mismas, de comunicar a otras mujeres la cantidad de energía, los sueños, la idea de proyecto de la que se ha partido. En otras ocasiones, cuando el deseo de *reconocerse* ha hecho saltar las atávicas categorías, la palabra sobre el papel acompaña, simplifica y aclara la complejidad de los impulsos a los cuales somete al Yo el incesante esfuerzo de conformación de la identidad.

La evidencia de los testimonios nos lleva a destacar lo difícil que es la experiencia de superación de los límites. Pero ¿de qué límites se trata? ¿Qué barreras

se interponen al libre despliegue del sí mismas? En primer lugar tenemos que señalar la aspereza intrínseca a la condición de su género: ser mujer entre finales de 1800 y principios de 1900 significa debatirse entre la apelación a las certezas proporcionadas por categorías cristalizadas – sumisión, humildad, silencio, abnegación, dedicación total – percibiendo sin embargo, si bien de manera todavía indistinta las persuasivas sirenas que alarman en el *Magnificat* del sufragio y de la emancipación, y asistir con incredulidad a la extraordinaria presencia de las mujeres en el mundo laboral. Pero todavía hay más: la exclusión, primero social y después psicológica, genera una incomodidad existencial – no siempre aceptada con la cabeza alta – a la que se puede responder de manera distinta, bien con el silencio, bien con la fuga.

En la base de la narración sobre sí mismas encontramos la necesidad imperiosa y universal de comunicar las propias memorias, comprender la dirección – o las contradicciones – de la propia aventura existencial, quizás, de dejar una huella sobre sí mismas, duradera, más allá de los coercitivos límites del tiempo. Sabemos bien que esta necesidad alimenta, desde tiempos remotos, la psicología de los sujetos, manifestándose en una doble perspectiva relativa a la conformación oral y escrita de la cultura (en sentido antropológico) y en la huella de la metahistórica tradición narrativa: por tanto un género-clave que se va potenciando en el siglo XVIII con la difusión del yo, verdadera matriz de la dimensión autobiográfica que fluye cada vez más hasta el reconocimiento narcisista, avalado por la nueva visión laica del mundo, un universo abierto a la autocomplacencia burguesa que personifica un tipo humano varón, blanco, adulto. Justamente en 1700, tierra de una revolución que trastoca los paradigmas sobre los que se rige el Antiguo Régimen, la autobiografía se coloca en el centro de la aventura literaria y señala un cambio de época en la relación del sujeto con el mundo y la difícil redefinición de su lugar en la sociedad. El impulso hacia la libertad – bien esté teñida de individualismo o bien exaltada por la política – desplaza el focus hacia una finalidad más concreta y crucial: la formación de cada individuo, que ve abrirse ante sí, espacios ilimitados para su autorrealización.

Desde el punto de vista narrativo, el sujeto se está conformando, devana los hilos de la memoria para buscar conexiones y descodificar complejidades fenomenológicas que desaparecen, señalando especialmente un recorrido tortuoso, articulado y denso de vivencias dolorosas, no siempre suficientemente conjuradas y eliminadas. Para guiar esta difícil recomposición, el yo parece oscilar entre sujeto y personaje, se coloca en una metamorfosis que intenta remodelar hechos y acontecimientos en una especie de parrilla, pensada a priori, donde las categorías psicológicas alimentan de manera copiosa la elaboración del nuevo concepto de sí mismas.

Superada la fase romántica que ve al sujeto implicado en la lucha antagonista contra la sociedad que no lo comprende y contra la moral burguesa represora,

que no permite el despliegue libre de los impulsos, el siglo XX consolida la unión entre el yo y su expresión autobiográfica hasta hacer de ella un fundamento del imaginario colectivo que se desborda en la comunicación y en la producción editorial. Las historias de vida se van reclasificando en una dimensión más íntima y menos estática: el héroe no es el centro de la narración sino las figuras más secundarias, más marginales las que entran a formar parte del certamen literario, contando de sí mismas hechos privados e insignificantes de su existencia, dando voz y color a personajes de quienes nunca habríamos tenido noticias.

Este acercamiento a la vida nos conduce a un cambio extraordinario de paradigma, al investigar las existencias contadas por el universo femenino. Se trata de otorgar la dignidad de la ciudadanía a hechos y acontecimientos que son resultado de prácticas cotidianas que por tradición eran relegadas a la esfera privada de lo doméstico, a los gestos silenciosos, a la intimidad de la elección y de la decisión. Al entender plenamente el valor ético de este cambio, tenemos que resaltar la voluntad de las mujeres en convertirse en sujetos activos, incluso a través de la difícil utilización de las palabras, con toda su fuerza detonante: por tanto somos buenos conocedores de lo difícil que ha sido, en los albores de 1900, poner voz a aquel silencio milenario en el que la sociedad patriarcal había relegado los pensamientos, las emociones y los sentimientos de las mujeres. En la base de esta dolorosa elección está la dicotomía diacrónica entre la esfera pública – pensada y conformada desde siempre sobre cánones masculinos, sobre el *logos*, sobre la retórica y sobre el arte de la oratoria – y el mundo privado, conformado como un recinto cerrado e impenetrable a las miradas externas, y pensado como una especie de prisión. Los límites no se pueden franquear sino a través de grandes sufrimientos y lacerantes desafíos que ponen en grave peligro la virtud femenina, la buena fama que debe acompañar la moralidad de una mujer. Y sin embargo, en el transcurso de los siglos, esos límites se han hecho inmateriales, se han codificado en normas no escritas que han penetrado en lo profundo de la conciencia colectiva hasta el punto de hacerse barreras invisibles, extremadamente peligrosas de superar.

Durante el siglo XX las mujeres, primero en número exiguo y después cada vez más numerosas han asaltado los muros (verdaderos y/o virtuales) para salir fuera de los límites y mostrarse como ciudadanas con plenos derechos: esta batalla se narra con rigor en las autobiografías, que en este sentido se convierten verdaderamente en una bajada al inconsciente para motivar, definir la elección y comprender las causas más ocultas. El acercamiento a la forma escrita permite, pues, a la narración articularse en vías más complejas, que emplean variaciones, remisiones y desviaciones de los proyectos existenciales y que se van modulando tanto sobre experiencias colectivas como vivencias personales, unidas a espacios y tiempos ciertos en los que el yo ha encontrado su legitimidad.

Entre 1800 y 1900 se asiste a un viraje en los planes formativos dirigidos a mujeres jóvenes: la escolarización de masa, muy ansiada por el nuevo estado unitario italiano, lleva cada vez más niñas a las aulas –alumnas diligentes, estudiosas, tenaces – y cada vez más mujeres –maestras «de jardín de infancia» a la escuela infantil, maestras diplomadas a las escuelas de primaria y «maestras de maestras» a las Escuelas Normales que se van difundiendo. Las contradicciones parecen claras: un ejército de niñas y jovencitas que, muy seriamente, se adueñan de los instrumentos fundamentales para descubrir el mundo y abrirse camino en la sociedad con un esfuerzo constante, gran profesionalidad, dedicación al trabajo, pero a quienes todavía se les niega un rol efectivo dentro de una visión socio-cultural, donde indudablemente domina el modelo patriarcal. El malestar de las jovencitas surge del vivir en una realidad que las conforma de manera distinta respecto a los cánones de comportamiento del pasado, pero que no las acepta en esta nueva función de emancipadas, hasta etiquetarlas como de «desviadas», de «tercer sexo» y otros...

Así pues ¿cuál es el desafío que se debe afrontar para la formación de las niñas y las adolescentes? Se requiere alfabetizar y educar, aún transmitiendo todavía modelos anticuados a través de lecturas y libros de texto: al mismo tiempo, sin embargo, el plan cambia los contenidos de la enseñanza, despierta conciencias, propone modelos nuevos y hace que, a las puertas de 1900, la tradicional figura femenina, enmarcada fundamentalmente en la categoría de lo materno, ya no es suficiente.

Se perfila netamente una dicotomía que podríamos definir ontológica en el mundo de la formación: ¿se debe anteponer la asimilación retórica o se debe intentar poner voz a la ruptura, aunque dolorosa, y a la discontinuidad? Y sin embargo, ¿puede y debe prevalecer la continuidad con las genealogías del pasado, o bien se enfatiza el esfuerzo dirigido a disgregar los lazos de identidad? Las respuestas son bastante arduas y oscilan entre adaptación y libertad, entre renunciadas y rebeliones. Hay que recordar que hace años que no nos esforzamos por definir «tierra intermedia», entre fugas hacia adelante y retornos peligrosos. Veamos entonces qué respuesta dan las mujeres presentes en los ensayos del volumen.

En primer lugar, querría señalar la tenacidad, la valentía, la fuerza de voluntad con las que algunas mujeres se van construyendo planes formativos muy divergentes respecto al pasado. Una característica les une: la experiencia de ser autodidactas, no por lo que respecta a los meros instrumentos de alfabetización, sino por la diversidad de ambiente cultural que dominan de forma admirable. La exigencia de comunicar y educar es muy fuerte en todas ellas, así como la voluntad – casi siempre reafirmada – de superar los límites de su propia visión del mundo a la que están ligadas por una simbólica pertenencia, para gritar en voz alta que justo esa pertenencia se ha ido configurando como una jaula, una especie

de prisión dorada de la que se debe escapar, so pena de la anulación de sí mismas. Así pues, cada vez más, el legado igualitario de la cultura transmitida por medio de la educación sufre los continuos golpes asestados por las ganas de explorar palabras nuevas, *otros* mundos que puedan satisfacer el deseo de autenticidad.

### Las mujeres cuentan su vida

Sin embargo, tenemos que señalar al mismo tiempo la peligrosa contradicción que pone a las autoras en un callejón entre la esfera privada, que tradicionalmente estaba reservada a las mujeres como *sexo débil* sometidas a la tutela del que fuera hombre, padre o marido, y la esfera pública en la que se va a colocar el nuevo y extraño rol de «escritoras». El compromiso entre estos dos ámbitos distintos se alcanza realmente – no sin fuertes inquietudes y ansiadas búsquedas de motivos que lo justifiquen – a través de la adquisición de un profundo conocimiento de la función que ellas iban asumiendo poco a poco.

A la esfera «pública», como bien sabemos, pertenece la actividad literaria por antigua costumbre: aunque sí que es cierto que mujeres bastante cultas habían escrito en el pasado sus devociones, diarios o libros con memorias, el uso de estos textos se había destinado intencionadamente al ámbito privado, al círculo restringido de la propia familia, sin que nunca se hubiera imaginado un acceso más amplio hacia un potencial auditorio externo. La autobiografía, por el hecho de mirar hacia el interior de la conciencia e inclinarse por el esfuerzo de recuperar los «vacíos de memoria», se considera, bien como un instrumento de conocimiento de sí mismas, bien como la apertura de la esfera privada hacia el exterior: en esta elección encontramos desafío, coraje, a veces el atrevimiento de ponerse en juego, de contar sobre sí mismas – incluso con acciones manifiestas de censura – para conformar una imagen, un retrato que desafíe el tiempo y destruya la máscara que a veces esconde el verdadero Yo.

A pesar de las notables y claras diferencias, las trayectorias que emprenden las mujeres cuyas vidas se narran en las autobiografías presentan analogías singulares: así pues intentemos descubrir el duro viaje de su existencia para posteriormente analizar en profundidad las huellas de un nuevo modo de utilizar la educación para el propio crecimiento existencial y para la renovación de los roles dentro de la sociedad. Para Ida Baccini el hacer una narración sobre sí misma se configura, desde el exordio de *La mia vita (Mi vida)*, como una dicotomía sugerente: si los valores que se transmiten a través de la recuperación de la memoria parecen ir en línea con la moral y los buenos sentimientos, expresados de manera copiosa y a veces redundante a finales de 1800, la transcripción real de los recuerdos nos presenta una verdad distinta.

Ida trabaja de escritora y periodista, gana un sueldo que le permite mantenerse, se separa del marido y da a luz a un hijo cuya paternidad oculta: es decir, episodios que muestran a Ida como una mujer radicalmente distinta respecto al panorama de la época. Entre líneas, la autobiografía registra señales firmes de renovación y la escritura se convierte entonces en un instrumento para señalar una reorientación de los valores: a su indiscutible confianza en la institución del matrimonio y por tanto en la anulación de la identidad femenina, Ida sustituye la fe por el trabajo, concebido como el único medio para emanciparse, al que dedicará toda su existencia, sin cansarse y faltar a los compromisos asumidos. Las páginas de *La mia vita (Mi vida)* nos devuelven el testimonio de una vida privada, digna de ser contada por estar llena de acontecimientos, por las importantes relaciones con amigos, por las adversidades encontradas, con el claro objetivo de hacer un recorrido por el difícil paso entre vida privada (afectos familiares, lugares vividos, personas encontradas) y el esfuerzo de aventurarse en un espacio considerado público y masculino, tal como escribir para los periódicos y editoriales escolares. Entre los dos ámbitos a veces se sobreponen episodios que determinan las opciones de la existencia, giros que hacen torcer la vida hacia direcciones diferentes respecto a un recorrido rígido y lineal.

El modelo femenino que Ida nos propone todavía no está claramente definido, pero se advierten los atisbos de una revolución que – aunque en los albores – Ida Baccini intuye de forma eficaz, quien, a su manera, se convierte en un ejemplo a seguir e imitar para las demás mujeres. La escuela, las lecturas, la formación se trasforman en claves de acceso para una profunda metamorfosis de la identidad femenina.

El desencuentro entre el Yo y el resto del mundo, un mundo que quiere aniquilar su identidad como hebrea, genera en Laura Orvieto – testigo de una *doble* exclusión – el deseo de no dejar huella en sus obras sobre la genealogía que la une al pueblo hebreo. Sin embargo, este duro silencio alcanza resultados excéntricos cuando la censura actúa de forma enérgica sobre la libertad de la autora: Laura entonces sale de su caparazón de burguesa florentina, bien integrada en la sociedad, y se opone. Se supera el límite, la recuperación de la propia identidad se convierte en escudo contra un presente lúgubre. Caterina Del Vivo saca a la luz los aspectos autobiográficos que están muy presentes – de forma explícita o a veces implícita – en la densa producción para la infancia, de Laura Orvieto. La autora, famosa entre el gran público por los volúmenes de las *Storie della storia del mondo (Historias de la Historia del Mundo)*, que tuvieron una notable difusión y que fueron traducidos a muchas lenguas, conseguía la propia inspiración tanto de los libros que había leído, como de los cuentos y leyendas que le contaban.

Sabemos que el material narrativo se comparaba con los acontecimientos históricos contemporáneos y especialmente con los elementos autobiográficos

extraídos de la propia historia personal y familiar. En el momento más dramático de la historia de los hebreos italianos (1938, año de la promulgación de las leyes raciales que establecían la expulsión de los hebreos de la escuela, de las oficinas públicas y su marginación radical de la vida social) en los días de amargura, invadida por el sentimiento angustioso de ser considerada distinta, Laura decide contar «su» historia y hacer una narración sobre sí misma: de este gran impulso a la recuperación de sus orígenes nace la *Storia di Angiolo e Laura (Historia de Angiolo y Laura)* una obra de una calidad narrativa apreciada, que constituye un recurso indispensable para analizar la vida de la escritora y de toda la familia Orvieto. De esta manera, el valioso archivo personal de Laura (custodiado en el Gabinetto Vieusseux en Florentia) que recoge testimonios, cartas, correspondencia y apuntes de su actividad como escritora, se completa justamente gracias a esta trayectoria narrativa, tipo memorias. La *Storia di Angiolo e Laura (Historia de Angiolo y Laura)* se presenta al lector con un estilo simple y directo, próximo a las formas narrativas de las demás obras de Orvieto: sin embargo, las últimas páginas dedican un amplio espacio a trágicas declaraciones que ilustran la dolorosa toma de conciencia de la escritora.

Podemos preguntarnos hasta qué punto la obra se corresponde con una autobiografía real: en realidad Orvieto crea una pequeña epopeya doméstica en la que la autora se integra seguramente no como personaje principal sino como uno de los muchos protagonistas, y permite a los lectores sobrepasar el límite de su vida privada poniendo al descubierto afecto, amor, emociones y gran apego a su confesión religiosa. Además, la autora nos acompaña a su «lugar de trabajo», e ilumina con su pericia narrativa las estrategias y el elegante arte de la escritura con el que hábilmente cincela los recuerdos, con el fin de hacer resplandecer cada uno de los episodios que han determinado la conformación de su identidad.

La *Storia di Angiolo e Laura (Historia de Angiolo y Laura)* nunca fue publicada por la autora en el momento de la redacción; quizás tras la guerra se produjo en ella una especie de rechazo hacia la angustia que le habría devuelto el recuerdo de un pasado reciente, marcado por el dolor y la muerte, con mayor motivo en una Italia todavía no preparada para considerar el drama de quienes sobrevivieron a las persecuciones y al holocausto.

Con el perfil de Federica Montseny nos adentramos en el anarquismo español y sus complejas repercusiones en la esfera del imaginario femenino, además de las relevantes consecuencias sobre el perfil educativo. Sus autobiografías – escritas con la clara finalidad de dejar una fuerte huella de sí misma – nos remiten al perfil de una mujer fuera de los esquemas, rebelde y revolucionaria, marcada por un fuerte espíritu de renovación moral. Por tanto, la escritura se considera como una acción de fuerte ruptura respecto a modelos obsoletos, cuya destruc-

ción sólo se puede producir mediante la educación, instrumento para crear un mundo mejor, sin desigualdades sociales ni de género. Parece evidente que la estrategia para fascinar a los lectores reside en la narración, no en el conjunto de tratados de corte político, justo porque a través del cuento se proponen ejemplos para imitar, figuras imaginarias que reflejan los ideales de Federica y su lucha militante contra todas las jerarquías y las sujeciones, de cualquier color y procedencia política. El sueño utópico se hace trayectoria existencial, en la que ella se compara con una manera distinta de concebir la sociedad, pues descubre en todo su atractivo detonante el ideal de la anarquía que se ajusta bien al sueño de renovar desde los inicios las relaciones humanas y las estructuras sociales: el desarraigo de la pertenencia social y de la genealogía familiar se convierte en una apertura de horizontes sin límite, donde se puede alcanzar y probar cualquier metamorfosis.

La vida y las obras de Anna Franchi durante mucho tiempo se han quedado en la oscuridad, a pesar de la intención de la escritora de querer pasar a la historia y dejar huella tanto de sí misma como del movimiento socialista y de emancipación. En la vasta producción literaria de Anna Franchi los elementos autobiográficos y de ficción narrativa forman un binomio inseparable, pero parece que a través de la autobiografía *La mia vita (Mi vida)*, publicada por primera vez en 1940, la autora intentó sobretodo ofrecer un hilo conductor para recorrer su historia. Franchi no se limita a redactar una crónica de hechos y personajes sino que a través de sus escritos reinterpreta y carga de sentido la propia experiencia: desde los años de la infancia en que asimila y hace suyos los ideales del Resurgimiento, la pasión por el arte y la literatura, hasta el doloroso y amplio paréntesis del matrimonio; desde la actividad literaria y periodística hasta el compromiso político con el partido socialista y con el movimiento por la reivindicación de los derechos de las mujeres. Con sus propias obras la autora elabora un modelo político de mujer libre. Como se puede observar fácilmente, a través de la abundante cantidad de documentos custodiados en la Biblioteca Labronica de Livorno – todavía en gran medida sin explorar – se contraponen dos almas diferentes en la compleja personalidad de Anna Franchi: la prolífica escritora que se dedica a varios ámbitos, tales como el periodismo, la literatura para la infancia, la poesía, con la mujer comprometida con la política y el asociacionismo, cuya voz se escucha a través de artículos, *pamphlets*, conferencias, y siempre atenta a los temas más candentes y actuales de la sociedad contemporánea y a las reivindicaciones de los derechos de las mujeres.

En la heterogénea y notable producción literaria, las cuestiones de género siempre están presentes, desde los problemas derivados de la presencia de las mujeres en el mundo laboral, cada vez más frecuente en los albores del siglo XX, hasta el divorcio, batalla en la que se compromete en primera persona, escarmentada

por la vivencia biográfica personal, y hasta el tema de la «maternidad consciente», debate que ha implicado a varios intelectuales de la época, desde Mozzoni hasta Key, desde Kulisciuff hasta Montessori. En definitiva, Anna Franchi intenta impulsar a las demás mujeres a construir un modelo político femenino nuevo, un ejemplo que ella representa perfectamente con su propia vida, centrada en el rescate de sí misma a través del estudio, el trabajo, el compromiso público y los escritos.

La personalidad de Maria Occhipinti se manifiesta claramente a partir de su autobiografía, que lleva por título *Una donna libera (Una mujer libre)*. Autodidacta, fascinada por la cultura, nacida en Sicilia, tierra de grandes desigualdades sociales, Maria se vuelve rápidamente rebelde: emprende desde el principio la carrera de maestra con el fin de educar a los más débiles y marginados. Sus escritos narran hechos cotidianos y obstáculos que ella ha tenido que superar para poder sobrevivir: de esta manera sus viajes también se convierten en experiencias extraordinarias por las cosas que conoce y las personas que encuentra. Sin embargo, sus batallas van contra la resignación de los sicilianos a la dominación de la política y de los partidos que no quieren cambiar nada y dejan en la miseria a los campesinos. Otro asunto que aparece en la autobiografía es el tema ancestral del honor de las mujeres, que hay que preservar para proteger el respeto de la familia: la reflexión que hace Occhipinti tiene que ver justamente con el cambio que se debe producir en las mujeres para que sean ellas mismas las primeras en luchar contra una mentalidad que las ve sometidas al *pater familias*, víctimas de una situación social y antropológica que difícilmente se puede cambiar desde arriba o con las leyes.

El enriquecimiento de los propios ideales la impulsa a abandonar la política, a abrazar el anarquismo, y al mismo tiempo a ser crítica contra el feminismo, que se había convertido más en una moda que en una revuelta con objetivos concretos. En resumen, es importante la voluntad de hacerse peregrina en el mundo: la autobiografía mira en perspectiva la evolución del personaje, hasta el punto de que la ficción literaria lleva a indagar la realidad, mirando en ella los aspectos más ocultos que, normalmente, la razón descuidaría en virtud de su lógica de lineal causalidad. El viaje, por lo demás, se configura como la experiencia central de la autobiografía, ya que entre la variedad de escenarios permite acercarse directamente a la realidad y sobretodo permite concentrarse simbólicamente en la duración, como condición indispensable del devenir. Formarse y auto-formarse, por tanto, se convierte para Maria en una aventura, una trayectoria fundamental de la experiencia, por su variedad y contradicciones. En otras palabras, se entretejió una dialéctica entre el exterior (mundo, sociedad, ámbitos, personas) y el interior (conciencia de la protagonista), dentro de la que se realiza una síntesis superior, crítica, que nos permite ver el mundo con ojos diferentes. Por consiguiente, justo gracias a esta

mirada crítica, Maria es despiadada en sus juicios sobre aquella América rica, que discrimina a quien no posee nada y derrocha dinero en guerras. Su narración auténtica, tan dura y sincera, nos aproxima a una mujer que ha luchado toda la vida por sus ideales y que nos ha dejado un testimonio imborrable.

### **La importancia de la autobiografía: temas y modelos**

Sin embargo, tendríamos que preguntarnos qué se entiende realmente por «autobiografía»: a partir de los años Setenta, como resultado de la difusión de los estudios de Philippe Lejeune sobre el valor extraordinario de la memoria sobre el sí misma y sobre la evidente y clara necesidad de preservar documentos, diarios, memorias y archivos con el fin de proteger estos valiosos documentos, presenciamos un renovado interés científico por este género literario, incluso por parte de ámbitos disciplinarios y científicos no estrictamente filológicos ni literarios. Pero, si muchas veces la narración autobiográfica se utiliza como legitimación de la propia elección – especialmente en ámbito ético y político – en las obras más recientes, el resurgimiento de «páginas femeninas» y la acertada concomitancia de la puesta en marcha de investigaciones por parte de estudiosas (de historia, educación y literatura) ha abierto camino para una reformulación del valor de la autobiografía en sí misma, ya no como valor meta-histórico y dirigido a la conformación de una identidad nacional, sino cada vez más con la mirada puesta en la introspección. Un vez que las mujeres se han hecho dueñas de este género literario fronterizo, lo han vuelto a plasmar con instrumentos totalmente personales y lo han desviado hacia categorías mayormente de carácter íntimo, en un espacio apartado para escuchar mejor el sí mismas. El interés por las autobiografías nace en virtud de esta diferencia de género: descendiendo al abismo de los escritos autobiográficos femeninos iluminamos partes de vida real, intuimos censuras púdicas, observamos de cerca el pasar de lo vivido día a día.

Normalmente las palabras femeninas cuentan la compleja conformación de la identidad, esforzándose en pasar desde el silencio ancestral al que han sido relegados sus escritos hasta la reafirmación de la validez de la palabra, intentando por tanto forjar un instrumento adecuado para expresar lo no dicho, lo oscuro, lo que emerge del pasado, con notable esfuerzo. Así pues escribir sobre sí mismas: pero ¿qué? Sabemos bien que las «vidas» no se cuentan utilizando una estructura lineal con una cronología precisa. La memoria, a través de filtros a veces inconscientes, realiza un verdadero proceso de selección de vivencias de la propia interioridad, de manera que hace suponer a Lejeune la existencia de un «pacto autobiográfico» entre narrador y lector. No todo se cuenta, y concretamente las vivencias experimentan una reorientación para conseguir que la mujer adulta descubra la evidencia de aquello en lo que se ha convertido en el presente,

releyendo las etapas más significativas de su infancia y de su adolescencia. Así pues, bien podemos afirmar que también existe un «proyecto narrativo», en el que las omisiones tienen como finalidad ocultar las trayectorias laterales y divergentes que no justificarían el objetivo final, o bien la plena y conquistada identidad adulta: así pues la intención del texto es clara y consiste en explicar y ratificar la elección tomada, igual que estructurar una trayectoria por etapas cuya meta es la condición de ser adulto, aunque se alcance con esfuerzo. Escribo, por tanto existo: quedará el testimonio incluso cuando yo ya no exista.

La paradoja es clara para el lector más atento: ¿han intervenido verdaderamente elementos y acontecimientos ligados por relación de causalidad en la existencia de la narradora como factores reales, o bien a nosotros, los lectores, se nos ofrecen exclusivamente las piezas fundamentales del mosaico biográfico para que el cuadro se complete sin borrones y esté bien visible? ¿Qué lugar ocupan los fracasos, las derrotas y las desilusiones en lo vivido por las mujeres? ¿Cuentan o bien omiten? En estas perplejidades también reside el interés por la autobiografía femenina, que hay que poner siempre en confrontación y/o compleción en relación con los acontecimientos *verdaderos* de la existencia concreta en el mundo, intentando entender en qué momento las mujeres se han convertido realmente en sujetos completos.

Para aquellos que se acercan al análisis de las autobiografías con la intención de observar la *Bildung* del narrador/protagonista, estos textos representan un tesoro: las huellas son verdaderamente conspicuas y están bien determinadas. La mitografía nos remonta a la excepcionalidad de la infancia de estas narradoras: de niñas a veces eran solitarias y lectoras voraces, fuera del contexto que les rodeaba, estaban atentas a las pequeñas cosas cotidianas, más que a los grandes acontecimientos, a las huellas mínimas de fenómenos que difícilmente comprendían debido a la edad inmadura de entonces. Su formación es bastante heterogénea, discontinua y fragmentaria: normalmente son autodidactas, colman los vacíos con elecciones totalmente personales. Así, los libros se convierten en un digno sustituto de la etapa escolar: los autores más leídos son a veces inapropiados para su edad, pero abren mundos fantásticos en sus pequeñas mentes. Las mejores novelas de los autores más en boga del romanticismo tardío, *in primis* Massimo D’Azeglio, y la gran narrativa francesa con Hugo y Zola les entusiasman y al mismo tiempo les permite aprender extraordinarias estrategias de narración. A veces la lectura se produce en secreto, a escondidas, con el miedo de ser descubiertas y castigadas porque los libros leídos tan rápidamente e interiorizados se consideran muchas veces prohibidos e indecorosos para niñas de buena familia.

Otros agentes sí que favorecen la formación: el ámbito privado de la familia – no sólo los padres sino también los primos, las tías, los abuelos, los vecinos de

casa, pero también la *la habitación toda para ellas* – y el ámbito público de la calle, del barrio y de la parroquia resultan etapas fundamentales para el crecimiento. Cada lugar posee una dimensión afectiva y didáctica al mismo tiempo, cuyo recuerdo enfatiza los tonos y enciende los colores, a través de nostálgicas descripciones y misteriosas fantasías.

La educación, si bien al inicio farragosa e incompleta, permite a estas jóvenes realizar una lectura crítica de la realidad social en la que viven, con un doble resultado: por un lado, esa competencia les ayudará a encontrar el puesto apropiado en el mundo, por otro, instilará en sus conciencias los gérmenes de la rebelión contra las injusticias que ven cometerse en su entorno. La revuelta parece una categoría bien presente en el espíritu de las escritoras: gracias a la capacidad de comprender y descodificar la realidad, ellas juzgan y denuncian, hasta el punto de dejar grandes huellas en las páginas autobiográficas. A veces son jovencitas en *contra*: se rebelan contra la debilidad de sus madres, todavía humildes y sumisas; no soportan los ambiguos códigos éticos del patriarcado dominante, lamentan la poquedad e inconsistencia de la escuela de la época, insisten en la reivindicación de la independencia económica y en el valor del trabajo. Llevan grabadas en su propia piel las marcas de la voluntad de cambiar los valores imperantes y por este motivo se muestran a veces como transgresivas y escandalosas a los ojos de la sociedad de la época. En todas ellas existe la convicción neta de que la educación puede y debe cambiar la vida de los individuos y sirve para crear un mundo mejor: de esta manera se pone de manifiesto una vena mesiánica y utópica en sus escritos que ellas consideran como un acto fuertemente revolucionario para educar al pueblo a través de la narración.

Una vez alcanzados los umbrales de la adolescencia, llega el periodo más difícil y tormentoso, es decir la posición en los roles sociales: como bien sabemos, el matrimonio es la dimensión natural de la mujer joven, al igual que la casa y la familia. Algunas de nuestras escritoras se pronuncian con fiereza contra esta institución: unas prueban la experiencia de una relación conyugal fallida y la consiguiente y traumática separación que, paradójicamente, las hace madurar y las obliga a inventarse una profesión para sobrevivir, profesión que después les dará fama y respeto. Otras encuentran espacio para su realización personal dentro del vínculo conyugal, gracias a la amplitud de miras del cónyuge, que asume el rol de mentor y guía, para lanzarse a la aventura del periodismo y la edición.

Aunque se detectan las importantes afinidades entre las figuras analizadas en los ensayos que siguen, hay que señalar las diferencias, que se deben especialmente a dos factores: la pertenencia a una determinada clase social y las elecciones de tipo político. Entre la pequeña burguesía a la que pertenece Ida Baccini, hija de un tipógrafo, y Laura Orvieto, pudiente, de familia hebrea rica y culta, las

similitudes parecerían pocas: Ida es una *self made woman*, que con tenacidad y voluntad supera verdaderos dramas existenciales (el divorcio, la maternidad ilegítima) para encontrar en el trabajo, fruto de su inteligencia, su verdadero rescate social; el esfuerzo realizado le costará una constante «enfermedad nerviosa» durante más de diez años. Laura, serena y segura, tendrá que afrontar el drama de la persecución racial y verá derrumbarse tristemente todo lo que había construido con su marido Angiolo, durante toda su existencia. Las elecciones diferentes impulsan a otras mujeres hacia el compromiso, primero filantrópico – como en el caso de Anna Franchi – y después político, conforme nos vamos adentrando en el siglo XX. El asociacionismo, la guerra y el socialismo impulsan a las mujeres hacia un compromiso más constructivo: por eso Federica Montseny abraza la causa del anarquismo, en abierta polémica contra la sociedad española, por el contrario, Maria Occhipinti pelea en favor de los campesinos sicilianos y se posiciona abiertamente contra todas las desigualdades y las injusticias existentes en Italia tras la guerra.

Es posible recorrer las huellas de una genealogía: empieza a aparecer una primera generación de escritoras en los años Ochenta del siglo XIX, que, aunque titubeante e incierta, se asoma a la escena pública de la escuela y del trabajo, todavía en sectores considerados femeninos, tales como la enseñanza o la escritura para la infancia. El sentido de *poco adecuado* es bastante fuerte porque el modelo que estas mujeres está destruyendo (la mujer como mujer y madre, recluida entre los tranquilizadoras paredes domésticas) es dominante y ellas no son capaces de construir un imaginario simbólico contrastivo. Nos encontramos frente a un peligroso *limen*, sobre el umbral de una puerta entreabierta desde la que no se entrevé el interior, en un hilo entre modernidad y tradición, entre caminos conocidos y bien trazados, y vías nuevas todas por experimentar: la elección por tanto es difícil y costosa en términos de sacrificio personal y respeto social.

Sin embargo, el camino se abre lentamente y las valientes y audaces lo superan, descubriendo que los *monstruos* se pueden derrotar: la segunda generación, que vive y escribe a principios del siglo XX, disfruta plenamente de las luchas de sus predecesoras y se hace más audaz, descubre la fuerza de asociarse y reivindica sus derechos, apoyada por el socialismo que las mujeres han abrazado rápidamente como ideal de emancipación. La salida de lo privado ya parece una práctica consolidada, ya no se advierte como una ruptura del equilibrio relacional entre los dos géneros: el paso hacia la política es breve y – como bien comprenden Occhipinti y Montseny – falaz e ilusorio porque los valores que ellas apoyan y reivindican son antitéticos a las ideologías de los partidos: de aquí surgen la gran desilusión y la amargura.

Mediante el análisis de las autobiografías que se presentan en los ensayos que siguen surgen algunos puntos insoslayables: la necesidad de educación como instrumento fundamental para cambiar el sí mismas y el rol que se intenta elegir en el mundo, la capacidad de decidir en función de las propias opiniones, la idea de que contar la vida sirva a las demás mujeres para entender mejor la historia y la lucha que cada una ha emprendido para su realización en una realidad a veces hostil a los sueños y a los deseos.

La vida de las mujeres se mueve en este espacio complejo, donde conviven deseos de realización personal, responsabilidades familiares y compromisos sociales junto con modelos educativos tradicionales y proyectos nuevos de futuro. Actuar en este contexto no es simple, ni fácil, puesto que a veces las estrategias que siguen las mujeres representan lo que se definen como preferencias coactivas, es decir más que opciones renuncias. Las existencias que se cuentan en las autobiografías analizadas en los ensayos que siguen, sin embargo nos ofrecen ejemplos de rebeldía, y de una revuelta – más o menos abiertamente – puesta en acción para no resignarse a las desigualdades, especialmente cuando no sólo las reglas sociales se remiten a formas y tiempos exclusivamente masculinos, sino que esta injusticia se advierte en todo su alcance trágico. Entonces, la rebelión en las palabras y en los hechos se hace ineludible y necesaria.

La conquista es dolorosa: las consecuencias son el exilio, geográfico y psicológico, la sensación constante de diversidad escandalosa, la oscura voluntad de destruirse. Y quizás deberíamos reflexionar a fondo sobre lo que realmente ha costado ser mujeres emancipadas en un mundo que giraba (y todavía gira) exactamente en sentido inverso a esa batalla.